

MÉXICO: UN ESLABÓN DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE

Sesión 10. Estrategias de Estados Unidos para México como parte de la disputa hegemónica.

Seminario PPELA 2017-2: Geopolítica de las dominaciones y las emancipaciones: el capitalismo del siglo XXI.

Temas:

Que ha caracterizado la relación de México con Estados Unidos

Qué cambios tuvo esta relación en los últimos diez años.

1. El doble interés

La hegemonía de los Estados Unidos se ha cimentado, en gran parte, en el control estratégico de geografías a escala mundial. A diferencia de las hegemonías que le antecedieron, ésta no tiene intenciones anexionistas; el proyecto estadounidense de control no busca la anexión jurídica de los territorios en los que encuentra intereses estratégicos. Su expansión, además de ser selectiva, aunque a veces desbordada (como en ciertas operaciones en el África subsahariana), se articula a la manera de una red que interconecta de manera diferenciada territorios. Esto se logra no sólo de la mano de los ejércitos, una buena parte del trabajo lo hacen el otro sujeto de esta hegemonía: las grandes corporaciones. Por tanto, hay una construcción territorial de doble interés: militar y corporativo.

En el terreno militar se avanza desplegando fuerza que operan bajo la bandera estadounidense, ya sea porque se presentan como las fuerzas armadas de este país o como corporaciones de guerra que se alquilan para cumplir sus objetivos militares. Un actor indirecto son los cuerpos de seguridad locales, que se han formado en las academias militares estadounidenses o que se han subordinado a los intereses policiacos y militares.

En el terreno corporativo el despliegue es más diverso, pero no sin pautas generales. Las empresas con sede en Estados Unidos avanzan en una doble dimensión estratégica: ahí donde hay opciones de valorización por la extracción de recursos o por la explotación de la fuerza de trabajo; y ahí donde hay opciones de concentración, donde hay procesos económicos que garanticen el monopolio de las corporaciones estadounidenses por sobre sus competidoras a nivel mundial.

México, por su cercanía y por el conjunto de riquezas que posee, es un territorio estratégico para Estados Unidos. La relación de dependencia y subordinación ha marcado la vida independiente del estado mexicano. Las modulaciones de este proceso han sido diversas, desde la derrota y entrega de un territorio que sólo se poseía nominalmente, pero no estaba integrado a un proyecto republicano, hasta la subordinación militar y económica.

Un momento de simulacro de equilibrio de fuerzas se logró durante la mayor parte del siglo pasado, en el que el nacionalismo de estado logró instalar un sentimiento antiyanqui, con el que se presentaban políticas de rechazo o distanciamiento de los proyectos estadounidenses. Los intersticios de este proyecto nacionalista eran tan grandes que permitían la presencia millonaria de inversiones estadounidenses en distintos sectores claves de la economía mexicana. Estos capitales, que se hacían presentes como inversiones directas o bajo la forma de proyectos de desarrollo, sirvieron para que en México se impulsaran las modernizaciones autoritarias necesarias para integrar e internacionalizar la economía local al mercado mundial de la posguerra.

Lo que definía esta relación de “respeto”, era la aceptación de los proyectos mexicanos en la medida que no pusieran en peligro los proyectos fundamentales de Estados Unidos. Esto se tradujo en dos grandes monedas de cambio; Estados Unidos aseguraba un respeto a las inversiones extranjeras; a cambio, México recibió una “respeto” a la creciente migración económica, que desde los años cuarenta del siglo pasado es una fuente de ingreso de divisas.

Las relaciones se modificaron aceleradamente en los últimos cuarenta años. Las viejas murallas del nacionalismo han caído una a una, ahora los Estados Unidos avanzan sin reparos en la construcción de proyectos económicos y en el diseño de estrategias de seguridad que definen la vida cotidiana al interior de México. En esta mudanza, hay sectores estratégicos para el proyecto hegemónico, entre ellos el energético, donde México juega un papel de peón en el tablero de la geopolítica mundial. Las reservas de petróleo y gas en el golfo de México son claves para el proyecto energético estadounidense, que intenta controlar los precios en favor de sus grandes corporaciones, que esperan como buitres la bancarrota de las pequeñas y medianas empresas que han entrado al mercado del petróleo *shale*.

2. La guerra al sur de la frontera más dinámica del mundo

¿Por qué hay una guerra en México, la frontera sur de Estados Unidos? ¿No es esto una amenaza al poder estadounidense? La duración, densidad y expansión de la guerra en México en los últimos lustros parece demostrar que no. La situación de inestabilidad en México cumple funciones estratégicas para el avance del capitalismo estadounidense y para la construcción de una geografía de resguardo.

En principio, la guerra obliga a una mayor integración militar de México, que ante la “falla” de sus policías y fuerzas armadas, tiene que recurrir al “apoyo” estadounidense para reeducarlas. Las otrora instituciones nacionalistas que fueron las fuerzas armadas, hoy son uno de los sectores estatales con mayor integración a Estados Unidos, ya sea porque sus élites se han formado en sus academias militares o porque se subordinan a los proyectos regionales de seguridad, mediante la participación en ejercicios conjuntos diseñados y

coordinados por las fuerzas armadas estadounidenses. Los garantes de la independencia, las míticas fuerzas armadas, están completamente subordinadas.

Por otro lado, la guerra social en México genera las condiciones para el despliegue múltiple del capitalismo, privilegiando a las empresas con sede en Estados Unidos de múltiples formas, sea porque abren las condiciones para la construcción de infraestructura necesaria para la circulación de mercancías, sea porque reorganizan el territorio para el despliegue de los proyectos económicos, sea porque disciplinan a la población.

También el creciente capitalismo en las sombras es funcional para el capitalismo en crisis de los Estados Unidos. Sirve de fuente de divisas que se lavan en bancos estadounidenses, que ante las cortes de ese país han aceptado haber recibido millones de dólares de procedencia dudosa, por lo que han recibido simbólicos castigos. La cadena no termina ahí, el consumo barato de mercancías ilegales moviliza sectores económicos no despreciables, que compran desde combustibles robados hasta órganos producto del tráfico de órganos interfronterizo.

Lo que en otro tiempo parecía inconcebible, una guerra al sur de Estados Unidos, hoy es una condición de la reproducción de su proyecto hegemónico. Esto no está exento de peligros, pero hasta ahora demuestra ser muy eficiente.

3. La crisis como forma de gobierno y como relación interestatal

México es un laboratorio de la geopolítica mundial. En este territorio se están ensayando diversas formas de convertir a la crisis en una forma de gobierno, ya sea bajo la forma de guerra social generalizada, ya sea bajo la forma de crisis institucional irreversible. La crisis se instala en este país como forma de gestionar poblaciones, de proyectar territorios y de garantizar condiciones para el despliegue del capital.

Esta forma de gobierno también define las condiciones de las relaciones interestatales, garantizando relaciones desiguales entre ambos países, favoreciendo a los Estados Unidos, que si bien también vive una crisis, las condiciones materiales marcan diferencias cualitativas importantes. Esto beneficia el poder de las corporaciones, que avanzan ahí donde la crisis de las formas institucionales se agudiza.

Esto produce nuevas formas de subjetividad, propias de un entorno de transiciones intempestivas, en las que, paradójicamente, la vida se reproduce, pero bajo la marca de la precariedad, la indiferencia y la insensibilidad. Condiciones básicas para que los abusos, la explotación y el despojo no paren. Estas nuevas subjetividades son las que la crisis como forma de gobierno necesita, ya que despliegan una vida cotidiana que sigue alimentando la guerra social. En la que se utilizan los mecanismos contrainsurgentes, sin una ideología de contrainsurgencia. La guerra social es una guerra contra el pueblo, que opera de

manera selectiva para organizar la vida cotidiana, y generar las condiciones de reproducción de la crisis.